

Hebreos 4:9-16

Hebreos 4:9-16 Pentecostés 22 2003 Isaías 53:10-12; Heb. 4:9-16; Mar. 10:35-45

Himnos: 130,241, 237

⁹Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios, ¹⁰porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. ¹¹Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

¹²La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. ¹³Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

¹⁴Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. ¹⁵No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. ¹⁶Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Muchas veces la vida parece un gran trabajo fatigoso. Nos esforzamos, el trabajo nos agota las fuerzas, sólo esperamos la llegada del fin de semana o las vacaciones cuando pensamos que podemos descansar, y encontramos que hay tantos deberes y quehaceres que ni entonces realmente nos sentimos descansados.

Nuestro texto habla del descanso, del verdadero descanso que Dios tiene preparado para nosotros. Es la intención de Dios que se acabe la fatiga de esta vida terrenal y que lleguemos al descanso eterno. Sin embargo, hay tantos obstáculos, y la tentación de perder la paciencia con el largo camino que lleva a ese descanso está fuerte. Realmente necesitamos la exhortación de nuestro texto para hoy: **No perdamos el reposo celestial**. I. Este reposo ha sido preparado. II. Existe el peligro de perderlo con la infidelidad. III. Cristo nos ayudará para que lleguemos al reposo eterno.

Nuestro texto es la culminación de una sección larga que amonesta a los cristianos hebreos a no cansarse de la lucha para

volver al judaísmo, perdiendo así las bendiciones que Cristo ganó para ellos con su muerte en la cruz. Les recuerda la experiencia de la gente a la que Dios libró de Egipto, sólo con el resultado de que muchos de ellos perecieron en el desierto y no entraron en el descanso, no llegaron a la tierra de promesa, a causa de su incredulidad y rebelión. Puesto que no apreciaron su gracia y su liberación, sino por temor a los cananeos determinaron volver a Egipto, “juré en mi ira que no entrarían en mi reposo”. Sólo Josué y Caleb, los dos espías fieles, de toda la generación que había experimentado la liberación de la esclavitud de Egipto, entraron en la tierra de Canaán, obtuvieron la victoria, y pudieron descansar. La imagen de cientos de miles de cadáveres, esparcidos por todo el desierto, es una clara advertencia del peligro de airar al Dios de gracia, despreciando su gracia y el alto costo de la salvación que él proveyó por medio de la muerte de Jesucristo.

Porque realmente de eso se trata. La cita del salmo 95 la escribió el rey David. Cuando él escribió la advertencia: “Si oís hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto”, Israel había habitado por siglos ya en la tierra de promesa. Obviamente cuando él repite lo que dijo el Señor: “juré en mi ira que no entrarían en mi reposo” y aplica la advertencia a la gente de su día, está hablando de otra cosa y no de la posesión física de la tierra de Canaán. Como dice el versículo antes de nuestro texto: “Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día”.

¿Qué es el descanso de que habla nuestro texto y de que nos exhorta tan encarecidamente a que tengamos cuidado de no perderlo? No es nada menos que el descanso eterno de nuestra patria celestial. En 3:14 nuestro autor nos recuerda que “somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”. Si somos participantes de él, estaremos junto con él, en el lugar celestial en donde ha entrado en su gloria. El descanso de que habla es el estado eterno de seguridad y de festividad que nada puede ya empañar ni amenazar, porque habremos entrado en nuestra herencia celestial al lado de Cristo y en la presencia de él y su Padre.

Este descanso realmente ha sido ya preparado para nosotros. Cristo, el gran sumo sacerdote, ya ha hecho el gran sacrificio por los pecados del mundo entero. “Éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer

primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. Este sacrificio de una vez para siempre ha expiado nuestros pecados, ha abierto para nosotros el cielo, ha obtenido un lugar para nosotros en las moradas eternas de nuestro Padre celestial.

Sin embargo, ahora tenemos esta posesión en la forma de promesa, igual como los israelitas en el desierto que sólo tenían la promesa que Dios había dado a Abraham y a ellos, de que la simiente de Abraham habitaría en esa tierra. Cuando menospreciaron continuamente la promesa, perdieron esa gloriosa bendición. Lo mismo puede suceder con la salvación que ha ganado Jesucristo para nosotros.

Por todos lados hay tentaciones a la indiferencia, a la incredulidad, al pecado, a abandonar la fe en el Salvador Jesucristo. Sin embargo, si hacemos eso es seguro que no entraremos en el descanso eterno, porque “no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos”. Así la advertencia de Dios a los hebreos: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón tan malo e incrédulo que se aparte del Dios vivo. Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: «Hoy», para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado”.

Tal vez no tengamos exactamente los mismos peligros de volver a la ley de Moisés y al culto del templo en Jerusalén que enfrentaron los creyentes judíos en el tiempo en que el autor escribió nuestra epístola, pero con las tentaciones a poner la seguridad económica de la familia por encima de Cristo y la palabra de su salvación, con el peligro de las tentaciones sexuales, el peligro del orgullo, el peligro de rehusar perdonar, el peligro de las burlas a que está sujeta nuestra fe en las aulas universitarias, y un sinnúmero de otros pecados que pueden alejarnos de nuestro Salvador y hacer que perdamos el descanso celestial, “procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”, como advierte nuestro texto.

Nos recuerda que cuando nos enfrentamos con la palabra de Dios, es lo mismo que enfrentarnos con Dios mismo. Esta palabra, que nos advierte contra la desobediencia, contra la incredulidad, es “viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. La palabra nos confronta con un poder penetrante de discernimiento que revelará toda la verdad acerca de nosotros. Así como Dios puede penetrar a los secretos más recónditos de nuestro corazón, la palabra divide aun las cosas

que no se pueden dividir de otra forma, “alma y espíritu”. El escritor nos recuerda que “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. No creer la palabra es no creer a Dios. Menospreciar la palabra es menospreciar a Dios. Menospreciar a Dios es menospreciar a aquel que nos juzgará, ante quien tendremos que dar cuenta, el que decidirá nuestro eterno destino. Que tragedia sería si él tuviera que decir también de nosotros: “juré en mi ira: no entrarán en mi reposo”.

Seguramente, si dependiera de nosotros y nuestros recursos, no podríamos mantenernos en la fe y la fidelidad. Sin embargo, no debemos desesperarnos. Todo lo contrario. Tenemos toda la razón para “retener nuestra profesión”, seguir confesando desde el corazón a Cristo como nuestro único Señor y Salvador. La razón es Cristo mismo. Como sumo sacerdote “traspasó los cielos”. Cristo el Hijo de Dios, entró en el santuario celestial, llevando a la presencia de su Padre la sangre que él derramó en nuestro lugar en la cruz. Intercede por nosotros continuamente, pidiendo para nosotros perdón en base a su sangre derramada por nosotros y por nuestros pecados. Y el Padre celestial que lo envió para expiar nuestros pecados seguramente no dirá que no a su Hijo que ha cumplido fielmente su misión.

Aunque este sumo sacerdote es Dios mismo, no es indiferente a nuestras tristezas y tentaciones. Es también nuestro hermano, que comparte con nosotros la misma carne y sangre humana. Así se compadece de nosotros en las aflicciones y las tentaciones. Fue tentado en todo exactamente como nosotros, excepto que nunca cedió, nunca pecó. Así, como nuestro sustituto perfecto, murió por nosotros para que nosotros tuviéramos el perdón de pecados y el derecho de entrar a la presencia del Dios santo. Porque conoce nuestras dificultades, no nos abandonará, sino que estará siempre presente para ayudarnos en nuestras debilidades.

Una de las ayudas que nos da es el poder de la oración. En las pruebas y dificultades de esta vida que nos ahogarían si no fuera por su ayuda divina, podemos acudir a nuestro Padre celestial para pedir la fortaleza y la ayuda necesarias. Nuestro texto nos exhorta: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Lutero capta el pensamiento muy bien en su explicación de la introducción del Padre nuestro. “Dios quiere atraernos para que creamos que él es nuestro verdadero Padre y nosotros sus verdaderos hijos, a fin de que le pidamos con valor y plena confianza, como hijos amados a su amoroso Padre”.

Así, no perdamos la esperanza. Confiemos en este gran sumo sacerdote que se sacrificó por nosotros y así obtuvo para nosotros una victoria eterna, el descanso eterno cuando nuestra meta habrá sido completamente alcanzada. Con Cristo a la diestra de Dios, tenemos toda razón para confiar y quedarnos fieles hasta el fin.

Amén.